

Una profesión vacante

Por Raúl Hasbun Z.



Hace 28 años murió uno de esos poquitos chilenos de los que la Iglesia piensa que podrían ser declarados santos: el padre Alberto Hurtado.

Nuestros hermanos cholitos tienen nada menos que a Santa Rosa de Lima y a San Martín de Porres —el santo que no dejó la escoba. Los morenos brasileños no tienen todavía o mejor santo do mundo, pero sí al beato José de Anchieta, fundador de São Paulo y gran apóstol y civilizador de los indios del Brasil. Y el Papa acaba de beatificar a una joven piel roja: Catalina Tekakwitha, de la tribu de los Mohawks, consagrada a Dios en virginidad perpetua.

La santidad florece en tierra americana. En Chile, todavía no. Claro que podríamos importar santos, pero no es ese el chiste. Los chilenos tendríamos que probar la vitalidad de nuestra fe produciendo santos de exportación.

No hay nada que Chile necesite con mayor urgencia que eso: santos. Las demás personas dicen y hacen cosas útiles, necesarias, dirigen, construyen, enseñan, organizan la vida en sociedad. Los santos ponen el alma. Los hombres comunes son como cien infatigables remeros que denodadamente transpiran para mover apenas una embarcación. Los santos son como el viento que, soberano, irresistible empuja la nave raudamente a destino.

Son los santos quienes más poderosamente forman la conciencia de los hombres y quienes más decisivamente orientan la marcha de una sociedad. Nadie ha hecho tanto por Europa como un monje santo: Benito de Nursia. Las verdaderas crisis de una nación o cultura no son crisis de líderes, de recursos energéticos o estructuras de poder, sino su incapacidad de dar a luz santos. Peor que eso: su indiferencia ante el hecho mismo de no tener santos. Para el hombre de fe —ha escrito León Bloy— hay una sola cosa que lo pone irremediablemente triste: no ser santo.

En el proceso de canonización se debe comprobar que ese hombre ha vivido heroicamente la fe, la esperanza y el amor. Eso es la santidad: creer, esperar y amar hasta el heroísmo. Por eso es imposible que una sociedad progrese si no tiene santos: ellos la mantienen en sintonía con la voluntad de Dios. Y sólo lo que Dios aprueba fructifica en justicia, paz y alegría. Cuando los hombres organizan la tierra sin Dios, terminan siempre organizándola en contra del hombre.

La vocación a la santidad no es elitista sino universal. Cada hombre está pensado y creado por Dios para eso: para ser santo. Vivir de la fe, esperar contra toda esperanza y amar hasta el extremo, sin excluir al enemigo, son levitación y mandato univer-

mo como modelo: "Aprendan de mí... Y amen como amo yo".

Por eso no hay que achicarse. No hay que proponer ningún ideal que quede por debajo del que propuso Cristo: seguirlo a El sin mirar atrás. El padre Hurtado tenía subrayada una frase que le gustaba mucho predicar: "Cuando uno entra en un camino y uno no es un imbécil ni un cobarde, uno tiene que llegar hasta el fin, pase lo que pase. O bien no salir nunca más a caminar. Los corazones valientes no se detienen jamás a mitad de camino. Aceptan la verdad entera y le son fieles hasta más allá de la muerte. ¡Compasión me dan los hombres semihonestos! ¡Y con mayor razón los semicristianos! No hay verdad sino en lo absoluto..."

De eso se trata: formar hombres enteros. Héroes en la fe, la esperanza y el amor. "Héroe —tenía también anotado el padre— es aquel que tiene siempre un "sí" en los labios ante la vida; el que la provoca, el que se atreve, el que con una sonrisa heroica va al encuentro de las miserias y los peligros, y que por eso mismo encanta y arrastra a los demás en su seguimiento..."

Formar hombres enteros. "En Chile —escribía el padre Hurtado— hay una profesión vacante. Una profesión que nadie sigue: la de hombre. No se puede tallar la effigie del Chile nuevo en madera podrida..." Y se dedicó el padre a formar hombres, es decir, héroes, apelando a la fórmula que siempre ha resultado la más eficaz: atraer a los más valiosos, no exigiendo menos ni prometiéndolo más, sino exigiéndolo todo sin prometer nada. Nada, salvo el Señor. Decenas de jóvenes abrazaron el sacerdocio magnetizados por este genial absolutismo evangélico que no sabe mirar atrás.

Chile necesita en primer lugar santos. Nuestras familias y nuestros colegios, nuestros monasterios y nuestras parroquias, nuestras comunidades cristianas, especialmente juveniles, tienen como primera tarea la de formar héroes de la fe, la esperanza y el amor. La disyuntiva existencial para Chile no es en primer lugar la de un "sí" o un "no" a un texto, a un programa o a un hombre. El destino esencial de Chile se juega en el "sí" o en el "no" que cada uno de los chilenos esté dispuesto a dar, cada momento de su vida, a la voluntad de Dios.

Cuando la primera pareja humana le dijo "no" a Dios fue la catástrofe cósmica. Vino otra pareja —Cristo y María— y convirtió la vida entera en un "sí, Padre".

Fue tal el gozo de Dios, que se enfermó de amnesia, olvidó toda deuda y devolvió a los hombres la vida. Ni las armas del César ni la astucia de los escribas ni las guerrillas de Barrabás habrían jamás obtenido eso, lo único esencial: reconciliarnos con Dios y reabrirnos las puertas del Paraíso perdido.

No hay por eso mejor patriota que el san-

Una profesión vacante [artículo] Raúl Hasbún Z.

Libros y documentos

AUTORÍA

Hasbún, Raúl, 1933-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una profesión vacante [artículo] Raúl Hasbún Z. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile